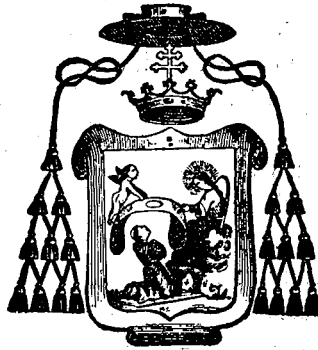


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDE.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



TODOS LOS SÁBADOS SE PUBLICA.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

GUERRA CONTRA MARRUECOS.

ESPOSICIONES Á S. M.

Señora: La heroica resolucion de V. M. de declarar la guerra al imperio marroqui, en justa reparacion de los agravios é insultos que de tiempo acá han estado infiriendo de continuo al honor nacional los súbditos de aquel soberano, me pusieron en el caso de dirigir una reverente esposicion á V. M. en 5 del corriente, ofreciéndole con este motivo mi persona, en cuanto fuese compatible con mi ministerio, y mis bienes é intereses sin reserva alguna, manifestando al mismo tiempo, que era para mí sumamente satisfactorio el poder asegurar que mi Cabildo y Clero todo de la diócesis estaban identificados conmigo en los mismos sentimientos.

Hoy, que por haber puesto ya el pie nuestros valientes en el suelo enemigo, se hace indispensable que aquella oferta se convierta en una realidad, vuelvo á acudir de nuevo á V. M., juntamente con mi Cabildo y los Beneficiados de esta Santa Iglesia, para poner á su disposieion el importe del descuento gradual de nuestras asignaciones personales en el modo, forma y plazos que previene la ley general de descuentos para las demas clases del Estado, sin que por esto nos consideremos exentos de hacer mayores sacrificios, si la ley imperiosa de las circunstancias, á la que nada puede resistir, así lo exigiese con el tiempo.

Sentimos sobremanera, Señora, al fijar la canti-

dad de nuestro donatibo, que las circunstancias de los tiempos nos hayan puesto en la imposibilidad de llenar nuestros deseos de seguir en esta ocasion las huellas de los Prelados y Cabildos de esta Santa Iglesia que en dias de azares y angustias para la monarquia acudieron presurosos en su auxilio con abundantes y pingües recursos, que quisiéramos tener hoy en nuestras manos para ponerlos todos á disposicion de V. M. y de su Gobierno con el importante objeto de que por la terminacion pronta de la guerra en pro del pueblo español se consiguiera cuanto antes la paz, cuyo bien es superior y más estimable que todas las victorias.

Así lo sienten, Señora, el Prelado y Cabildo de Córdoba y los Beneficiados de la misma, que quedan rogando á Dios por la importante vida de V. M., por la de su augusto Esposo, el Principe y toda la Real familia, y por el bien y prosperidad de esta monarquia.

Córdoba 24 de Noviembre de 1859.—Señora.—A. L. R. P. de V. M. **JUAN ALFONSO**, Obispo de Córdoba.—**Juan Gutierrez Correa**, Dean.—**Marcos Roman Benitez**, Canónigo.

»Señora: El Obispo de la diócesis de Tarazona interesado con toda su alma y potencias en evitar el oprobio de su amada patria, como el Real Profeta lo evitó con el auxilio divino de Israel, no puede menos de aplaudir y congratularse con el feliz pensamiento que V. M. (Q. D. G.), ha tenido declarando solemnemente la guerra al Emperador de Marruecos, y de hacer votos al cielo por el

triunfo completo de las armas españolas contra las del Sultan y de cualesquiera otras con que sea ayudado, mostrando á todos los que se conjuren contra ellas que conservan todavia aquel temple fino, aquella honra proverbial y aquel valor heroico con que dieron la ley á la Europa y al universo, abatiendo á los soberbios, disipando maquinaciones y destruyendo á los poderosos.

El pensamiento, Señora, es en extremo importante y altamente vital, porque las naciones que no cuidan de su honor, de su fama y buen nombre, se enervan, se dividen, pierden su nacionalidad, y mueren en el descrédito, en el abatimiento, en el llanto y en el desprecio, sin honra, sin nombre y sin amor; y sin nada de esto habria vivido la España, si por una piedad impía, y por una economía pródiga, y por una paciencia degradante, hubiese sellado su labio y desarmado su brazo: su brazo invencible y su labio prudente, sabio, templado y generoso. Es grandioso, porque se publica á la faz del orbe entero que hay espíritu en los españoles para acometer grandes empresas, y riquezas para soportar gastos extraordinarios, y abnegacion para sacrificarlo todo en aras de la madre patria, y fortaleza para rechazar los ultrajes, las ignominias, los insultos y todo género de atentados, y honor para que el pabellon hispano brille como el astro luminoso en medio de su carrera, y para imponer leyes á los que brutal y escandalosamente las infrigen. Es justo, porque la suprema ley de la justicia reclama con presteza un desagravio por tantos agravios, y una espiacion por tantos delitos políticos, y una satisfaccion cumplida por tantas y tan graves injurias, y una guerra noble, prudente y fuerte, cual saben hacerla los españoles, por tanta sangre como han derramado los marroquíes con villanía, ratèramente á traicion.

Votos al Cielo, ¿qué español habrá, Señora, que deje de elevar sus plegarias al Dios de las batallas, y de orar á todas horas para que el ejército espedicionario vuelva con honor, con gozo y con gloria? ¿Que no alabe vuestra grande y heroica resolucion? ¿Que no prohije con la inteligencia y el corazon el glorioso pensamiento de V. M., su admirable generosidad ó inaudito desprendimiento? Esperemos: imitadores tendrá: por de pronto el Obispo de Tarazona dice lo que V. M. dijo en el Consejo de Ministros, habla lo que habló, y hará lo que haga.

Para no estenderse mas el que suscriba, le cabe el alto honor de acompañar el Boletin eclesiástico, en donde se inserta la pastoral que con fecha 26 dirige á sus diocesanos con motivo de la

guerra. Dios conserve la preciosa vida de V. M. para bien de la Iglesia y de la Monarquía española. Tarazona 30 de Octubre de 1859.—Señora.—A L. R. P. de V. M., humilde y obediente súbdito y Capellan, COSME, *Obispo de Tarazona.*»
(*La Regeneracion.*)



El Obispo de Cádiz y Algeciras al Clero y pueblo de su diócesis salud en nuestro Señor Jesucristo.

CARÍSIMOS HERMANOS:

Un asunto grave, pero de aquellos en que la Iglesia no habla sino con grandes reservas y haciéndose violencia á sí misma, nos mueve á dirigir hoy la palabra. El Gobierno de la Reina nuestra Señora declaró, no ha muchos dias, la guerra al Imperio de Marruecos despues de haber agotado cuantos medios dictan la prudencia y la templaza para obtener pacificamente el desagravio del honor nacional conculcado cobardemente por la barbárie africana. Con admirable rapidez hemos visto bajar y reunirse en nuestras costas un ejército numeroso, disciplinado, ardiente en deseos de vengar los ultrages de la patria, llevando la bandera de Castilla y el estandarte de la Cruz siempre unidos en las gloriosas empresas de nuestras armas, á esos campos de la Mauritania, último reducto en que todavia se atreven á insultarnos los antiguos invasores de nuestro suelo. El enténdido y bizarro caudillo que le ha de conducir á la victoria, se encuentra ya dentro de los muros de nuestra capital, y segun todas las probabilidades, de un momento á otro el ejército espedicionario, atravesando el estrecho que le separa del enemigo, asentará su vencedora planta en las arenas de Africa.

¿Cuáles son, amados hermanos, vuestros deberes como cristianos en esta ocasion solemne? Ved aquí lo que á vuestro Prelado toca enseñaros: de todo lo demas os hablarán con mas competencia otros; decimos mal, de vuestra obligacion como españoles, no necesitais que os hable nadie; os habla vuestro corazon, os habla la sangre que corre por vuestras venas, os habla ese patriotismo santo que os legaron vuestros mayores y que de cada español hace un héroe siempre que se trata de defender el honor de nuestra nacion, la fé de nuestros padres, el esplendor y la gloria de nuestra monarquía. ¿Habeis por ventura necesitado de escitaciones para correr presurosos.

á los pies del trono ofreciendo vuestras personas, vuestra hacienda, vuestras vidas desde el punto mismo en que estalló el grito de guerra contra la infiel morisma? No hemos visto, no estamos viendo al pueblo español del siglo XIX trasladarse con admiracion de la Europa á los tiempos de Pelayo, de Ramiro, de Alfonso, de San Fernando, de Isabel la Católica, así que se tocó á la fibra del mas nacional de sus sentimientos? No, no hay voz humana capaz de recordaros que sois hijos de los que vencieron en Covadonga, en las Navas, en Granada, en el vasto continente de las dos Américas con tanta persuasion, como la voz de vuestra propia conciencia. El patriotismo verdadero, el que goza sacrificándolo todo y sacrificándose á sí mismo por la patria, no es un cálculo, es un sentimiento; no se adquiere artificialmente, sino que nace con nosotros, ni admite lecciones, sino que las da con sublimes ejemplos de desprendimiento y abnegacion. Como españoles, pues, nada tiene que ofrecer nuestro santo ministerio sino plácemes y aplausos porque sois lo que fueron vuestros padres; porque conservais intacta la herencia de honor que ellos os trasmisieron, porque el egoismo y la molicie del siglo en que vivimos, no han sido poderosos á debilitar en vuestras almas los sentimientos de altivez castellana que bebisteis con la leche en el regazo materno.

Pero ¿basta esto, amados hermanos nuestros? Basta para que creamos haber cumplido toda nuestra obligacion, y que nos lisonjemos con la esperanza de que la campaña de Africa será coronada de éxito feliz, tan feliz y glorioso como nuestro patriotismo lo apetece y como, naturalmente hablando, parecen presagiarlo los copiosos aprestos militares que se han hecho, el entusiasmo de nuestras huestes y el valor y la habilidad de los Jefes que las mandan? No, no basta, falta todavía lo principal, *falta*, os diremos copiando las palabras de nuestra augusta Reina en la circular que de su Real orden acabamos de recibir, *que el Dios de los ejércitos bendiga nuestra justa y popular empresa*. Confien los que no conocen á Dios ni le temen, en la eficacia de los medios de hostilizar al enemigo, en la preponderancia de las armas, en el número y valor de las tropas: nosotros que tenemos la dicha de conocer al verdadero Dios, sin desaprovechar ninguno de los recursos humanos que la prudencia sugiere, debemos poner toda nuestra confianza no en ellos sino en Aquel que nos ha declarado que *la victoria no depende de la muchedumbre de los ejércitos,*

que *la fortaleza en los combates viene del cielo,* y que *Dios no cuenta el número de los soldados para adjudicar la palma del triunfo, siéndole indiferente ganar las batallas con muchos ó con pocos,* puesto que quien las gana es Él, dueño supremo de los hombres y árbitro soberano de los destinos de los pueblos.

Esto nos enseña la fé, amados hermanos nuestros; esto es lo que vuestro Pastor desea inculcar en vuestros corazones y esto lo que nuestra escelsa Reina, digna heredera en la piedad, como lo es en el trono y en el nombre de la Primera Isabel, desea con ardiente solicitud que os prediquemos con toda la autoridad de nuestro divino ministerio. Siempre y ahora como nunca, necesitamos de Dios, de su favor y proteccion divina para las armas españolas. Y cómo la obtendremos? cómo!... puede ignorarlo ninguno que es cristiano? La obtendremos *orando*; esta es la única arma, pero poderosísima, incontrastable, invencible, que Jesucristo ha puesto en nuestras manos, ó mas bien dicho, en nuestros corazones, que es la frágua en que esa arma debe forjarse y donde recibe su mas fino temple. Nada de cuanto el hombre pida á Dios en nombre de Jesucristo le será negado: tenemos por fiador de esta insigne promesa al mismo Jesucristo cuya palabra no faltará ni aun despues que el cielo y la tierra hayan faltado.

Y no se nos replique que es muy comun el que no consigamos de Dios todo lo que le pedimos. Ciertamente así sucede con frecuencia; pero, de quién es la culpa? Oramos con la fé, con la esperanza, con la caridad de que deben acompañarse nuestras oraciones para ser dignas de que el Señor las escuche? No es el egoismo y el egoismo de peor especie, el egoismo de la carne y de la sangre, pasion la mas anticristiana de todas, el inspirador y regulador del mayor número de las oraciones que á Dios se dirigen? No es harto comun que el hombre cargado de culpas y de pecados gravísimos, en abierta y antigua enemistad con Dios cuyas gracias ha profanado, cuyos mandamientos está infringiendo á toda hora para el cual no tiene sentimientos de hijo, sino temor y cavilaciones de esclavo, se acerque á pedirle mercedes temporales, cuando la primera, la única por donde deberian empezar sus oraciones es la merced del arrepentimiento y la gracia de la conversion? Espectáculo tristísimo y que no hay lágrimas con que deplorar, es el que ofrece á los ojos de la fé y aun á los de la razon na-

tural depurada por ella, la ignorancia de muchos cristianos que han llegado á formarse de Dios, no sabemos qué idea repugnante y odiosa que solo pudo tener cabida entre la plebe del gentilismo, que adoraba dioses tan imbéciles ó tan depravados como los mas necios y los peores de los hombres. Pero, esta supersticion no menos impía que grosera, puede tener excusa en los que conocen al verdadero Dios y han recibido su immaculada ley de los labios de su Unigénito Hijo hecho hombre no solo para redimir á los hombres, sino para ser su Maestro y modelo de virtud elevada al mas alto grado de perfeccion? No culpemos, pues, la ineficacia de la oracion, antes culpemos nuestra voluntad que no sabe, porque no quiere orar como conviene para que nuestras oraciones suban al cielo y de allí bajen despachadas favorablemente.

Cuanto el Señor puede hacer para despertar en nuestras almas el sentimiento de la piedad cristiana y estimularnos á merecer lo que tanto nos importa alcanzar, otro tanto ha hecho y está haciendo en la presente ocasion. ¿Quién sino Él ha reanimado en nuestros pechos esa llama de santo entusiasmo que con mas rapidez que la chispa eléctrica, ha inflamado instantáneamente á nosotros y á nuestros hermanos de un cabo á otro de la Península, sin prévia escitacion ni acuerdo? ¿Quién sino Él ha inspirado á todos y á un mismo tiempo, la idea de que esta guerra es guerra en que se interesa á par que el desagravio del honor nacional, la causa no menos nacional en España, de la fé católica, ó si se quiere, de la civilizacion por el Evangelio, y esto á despecho de las frias protestas de algunos pocos que en su estúpido odio contra la religion desconocen no solo los milagros que ella puede y sabe hacer, sino tambien la historia, las tradiciones y el carácter del pueblo de quien pretenden erigirse en maestros? Quien sino Él y su religion santa que no en valde lleva este nombre que vale tanto como vínculo, porque es el único que ata y cohesiona indisolublemente á los hombres, ha obrado el prodigio que están viendo nuestros ojos, de confundirnos á todos, sacerdocio y pueblo, grandes y pequeños, ricos y pobres, y lo que es mas todavía, á los sectarios de las distintas y multiplicadas escuelas políticas, á los hombres de todos los partidos en que lastimosamente está fraccionada una porcion considerable de nuestros hermanos, en un mismo sentimiento, en un mismo deseo, en un mismo espíritu? Quién nos ha vuelto á dar cuando menos se esperaba, esa unidad de ideas y de accion que es el alma de toda grande empresa, y que parecia

que nuestras discordias civiles habian ahuyentado para siempre del suelo pátrio.

Y por ventura es poco lo que ya se ha logrado con esto? Es poco el que dando treguas á las prevenciones y los rencores de partidos, empiecen á conocerse y estimarse los que el cielo formó para hermanos? Es poco que el extranjero que explota nuestras miserables querellas de que sabe sacar partido para su propio engrandecimiento y declararnos despues con insufrible soberbia nacion de escasa importancia, indigna de figurar al lado de las que se han dado á sí mismas el título de grandes, vea que cuando llega la hora suprema, cuando se toca á los intereses que amamos y en que hacemos consistir nuestra gloria, somos los españoles lo que siempre fuimos, la nacion que combatió y triunfó en San Quintin, en Pavia, en Lepanto, en Bailen, el pueblo que dió leyes á dos mundos y el único que no dobló la rodilla ante el coloso en cuya presencia enmudecio la tierra á principios de este siglo, como antes lo habia hecho en la del gran Alejandro?

Ah! cuánto no debemos esperar de los venturosos auspicios con que el Cielo se declara protector de esta empresa, que sin contar con los brillantes resultados que tendrá en las opuestas playas del Estrecho, si la confianza en Dios y el deseo de que su reino se dilate continuáre animando nuestros pechos, forma ya por el solo mérito de haberla concebido, la mas brillante página en la historia de la escelsa Reina que rige los destinos de la pátria.

La guerra es uno de los azotes con que la justicia de Dios castiga los pecados de los pueblos, la religion cristiana que es religion de paz y de caridad, la deplora y la detesta; pero hay guerras que Dios bendice, que la religion aprueba, y son aquellas que se hacen inevitables para defender los altos intereses de la sociedad; aquellas que la justicia promueve y que se llevan á efecto sin traspasar los limites de la moderacion cristiana. Librenos el Señor de aconsejaros que deseéis el exterminio de los infieles con quienes nuestros valientes ván á medir sus armas.

(Se continuará.)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA, 31, Y NUNCIO VIEJO, 11.
TOLEDO.—1860.